

WORLD
WARCRAFT
THE WAR WITHIN

EL PUNTO DE
INFLEXIÓN



ANDREW ROBINSON

HISTORIA

ANDREW ROBINSON

ILUSTRACIONES

MATT HUBEL

EDITORIAL

CHLOE FRABONI

DISEÑO Y DIRECCIÓN DE ARTE

COREY PETERSCHMIDT

ASESORÍA DE TRASFONDO

SEAN COPELAND

CONSULTORÍA CREATIVA

CHRIS METZEN, JUSTIN PARKER,
STACEY PHILLIPS, KOREY REGAN

PRODUCCIÓN

BRIANNE MESSINA, ANASTASIIA NALYVAIKO,
TAKAYUKI SHIMBO, VALERIE STONE



© 2025 Blizzard Entertainment, Inc. Blizzard y el logotipo de Blizzard Entertainment son marcas comerciales o marcas registradas de Blizzard Entertainment, Inc. en los EE. UU. u otros países.

Publicado por Blizzard Entertainment.

Esta historia es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos son productos de la imaginación del autor o artista, o se utilizan de forma ficticia, y cualquier parecido con personas (vivas o muertas), negocios, eventos o ubicaciones reales es fruto de la casualidad.

Blizzard Entertainment no controla ni asume ninguna responsabilidad sobre los sitios web y contenidos de los autores o terceras partes.

Vivi Vendecloxon se aferró al volante mientras su triciclo destartalado gruñía debajo de ella. La travesía por el paso siempre era la parte más complicada del trayecto. Redujo la marcha provocando un chirrido de los engranajes y maldijo por enésima vez a los mecánicos, a los jefes que se negaban a pagar las reparaciones adecuadas (¡y no digamos piezas nuevas!) y al mundo en general. *Detestaba* transportar mercancías en el turno de madrugada. El *pop* de una de las ruedas, que acababa de reventar, fue la gota que colmó el vaso; aparcó el renqueante vehículo en un lado de la carretera.

Se bajó del triciclo usando unos escalones que había instalado ella misma y dio un pequeño salto hasta el suelo. Examinó la llanta y quedó boquiabierto al ver un abrojo grande y metálico incrustado en el neumático.

—Maldita sea —murmuró.

Dio la vuelta y se topó cara a cara con tres figuras altas que tenían el rostro cubierto con máscaras negras.

—Uy, un pinchazo— dijo el que parecía ser el líder—. Qué pena, sobre todo en un tramo tan desolado de la carretera.

—No me digas —respondió Vivi—. Qué suerte que estéis aquí para ayudarme a poner una de repuesto. Notó que afloraba una sonrisa bajo la máscara.

—Me parece que no vamos a hacer eso —admitió el otro—. ¿Cómo te llamas?

Vivi lo miró en silencio mientras intentaba coger su llave. ¿A qué estaban jugando?

—Grizelda —gruñó—. Y si no vais a ayudarme, puede que lo mejor sea que sigáis vuestro camino. Es un lugar peligroso para los viajeros.

—Lo es —respondió el de la máscara con tono amable.

Vivi levantó la mirada hacia él. La cosa podía acabar fatal para ella, pero ya había salido de situaciones complicadas en el pasado, incluso con piratas y bandidos. —¿Me dices cómo te llamas *tú*?

—Esta noche no.

—Bueno, «Esta noche no», si tenéis la amabilidad de largaros, arreglaré esta cosa *yo solita* y seguiré mi camino.

La figura enmascarada se rio con ganas mientras negaba con la mano y la cabeza.

—Me parece que no. Tras un instante de silencio, de repente se puso serio.

—¿Qué llevas en el remolque, *Grizelda*?

—Pimientos encurtidos —gruñó Vivi.

Las otras dos figuras se subieron al remolque y sacaron un barril para ponerlo en el suelo. Uno de ellos usó una barra de metal para abrirlo. Dentro había fila tras fila de pequeños explosivos cuidadosamente empaquetados entre montones de paja.

El líder le echó un vistazo al contenido y luego se giró hacia Vivi.

—Estos pimientos tienen pinta de ser muy picantes —dijo mientras desenvainaba una daga alargada—. Extiende la mano, por favor.

Vivi palideció.

—N-No tenía ni idea —tartamudeó—. Por favor, ¡no me mates!

—¿*Matarte*? Prefiero evitarlo si es posible. Me caes bien, Grizelda, si es *así* como te llamas. Dicho esto... Con un gesto casi delicado le pinchó la palma de la mano con la punta de la hoja. Ella miró la minúscula gota de sangre que acababa de brotar y, de repente, notó que se mareaba. El líder la sujetó cuando perdió el conocimiento y la dejó con cuidado en el asiento de su triciclo.

—No podemos dejar que nos sigas.

Los bandidos se quitaron las máscaras y se pusieron a cargar el envío de explosivos —todos con el sello «V. C.»— en su propio vehículo.

—La información era precisa —dijo el primer compañero—. Buen trabajo, Shaw. Me alegro de poder contar con informantes fiables.

—No creí que eso fuera posible en Minahonda —dijo el segundo entre risas.

Mathias Shaw sonrió ligeramente. —Le daremos buen uso a esto. Todo lo que le suponga una traba a las operaciones de Ventura y Cía. es positivo para Ventormenta. Con suerte, este movimiento también contribuirá a desestabilizar el poder de los príncipes mercantes en Minahonda. Las luchas internas desbaratarán la cadena de suministro.

El segundo agente negó con la cabeza.

—Si un príncipe mercante cae, habrá otro que ocupe su lugar —dijo—. Siempre hay otro tiburón.

Shaw levantó otro barril.

—Ya veremos.



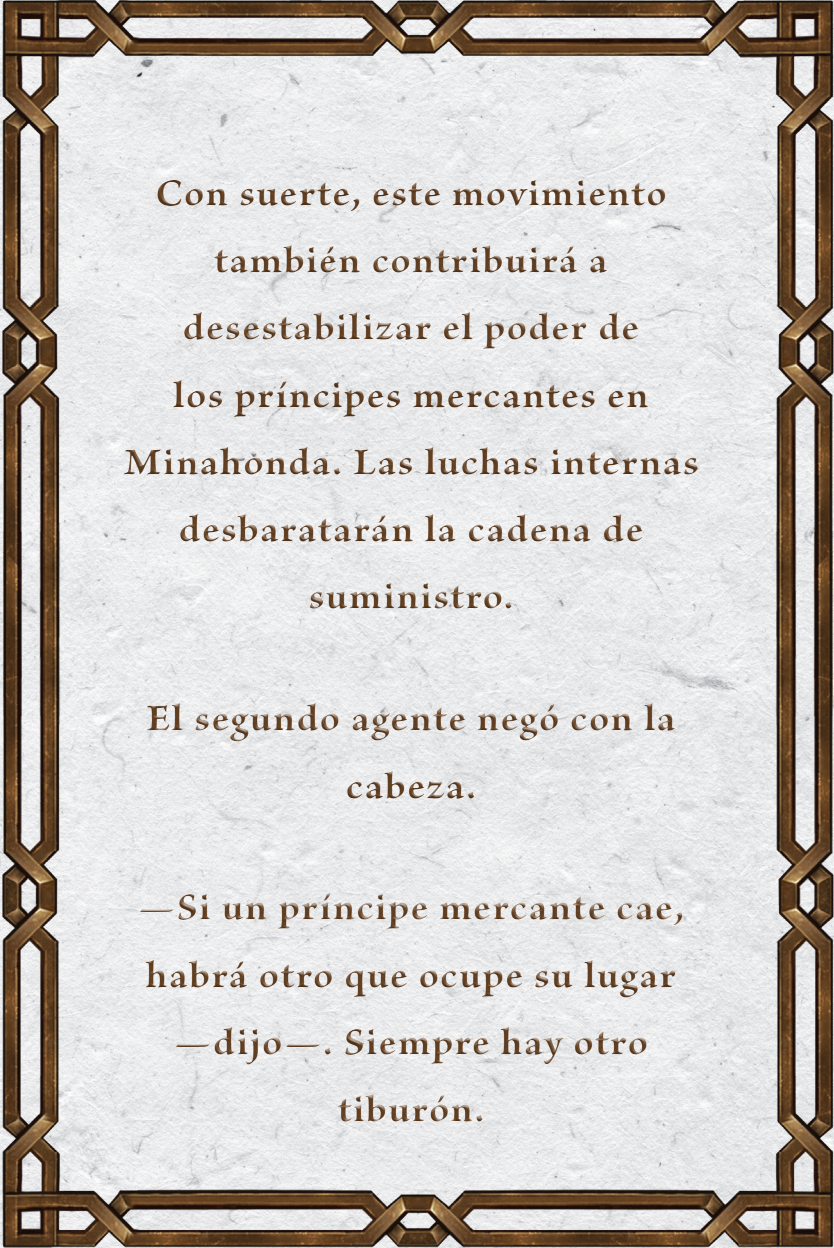
Minahonda siempre había sido un lugar demasiado frío y, en general, demasiado húmedo para el gusto de Renzik. Hizo crujir el cuello hacia un lado mientras se ajustaba el largo abrigo, rígido por los filos que llevaba. ¿Era la prenda más cómoda? No, claro, pero la experiencia le había enseñado que, cuantas más armas llevara encima, más probabilidades tendría de vivir un día más en aquel lugar. Le dio un mordisco a su bocadillo.

Soltó un gruñido a uno de los dos mozalbetes que se le habían quedado mirando. Los dos jóvenes goblins estaban muy delgados, pero él sabía que el hambre en su mirada no solo era por la comida; había estado en su lugar durante años.

—¿Qué me podéis contar?

—He oído que Skunkie Partebrida estuvo jugando a los dados con los chicos de Casafloja.

—¿Ha ganado?



Con suerte, este movimiento
también contribuirá a
desestabilizar el poder de
los príncipes mercantes en
Minahonda. Las luchas internas
desbaratarán la cadena de
suministro.

El segundo agente negó con la
cabeza.

— Si un príncipe mercante cae,
habrá otro que ocupe su lugar
— dijo —. Siempre hay otro
tiburón.

—¿Gana alguna vez?

Renzik frunció el ceño.

—Le debe cinco de los grandes al príncipe mercante Gloxscorn.

—Sí, lo sabemos.

Su acompañante, una chica menuda y escuálida que no tendría más de nueve años, estiró la mandíbula mientras decía:

—Por eso hemos venido corriendo a decírtelo.

Renzik asintió.

—Buen trabajo, Spatter y Jinzi.

Dividió lo que quedaba de su bocadillo y entregó ambas mitades a los muchachos. Mientras engullían, Renzik dejó caer unas cuantas monedas sobre sus manos estiradas. —Averigüad dónde estará esta noche, pero sed discretos.

Los muchachos asintieron, bajaron por la calle rápidamente y se metieron en un callejón para, sin duda, contar el dinero. Renzik se permitió sonreír levemente.

—Ay, que monada —dijo una voz ronca.

Renzik se había fijado en los dos matones del cartel Krackslagger —Bask Topetornillo y Gizgank Pernorroto— mientras se acercaban, pero no quiso prestarles más atención de la que merecían.

—Chafi está jugando con críos. ¿Te pasa algo, Renzik? ¿Echas de menos a tu mami? ¿Te estás ablandando?

Renzik entornó los ojos mientras los dos payasos se reían a su costa. Lanzó un rápido puñetazo que acertó a Bask en la nariz aguileña. Se oyó un *crac* y el más grande de los goblin cayó al grasiento pavimento gruñendo de dolor. Gizgank se volvió hacia Renzik, pero se detuvo en seco al ver que aparecía un chafarote como por arte de magia en su otra mano y Renzik lo apretaba con fuerza contra su mejilla. Renzik sonrió de forma desagradable.

—¿Te parezco *blando*?

Gizgank trago saliva y negó con la cabeza.

—Porque, si se está diciendo eso de mí, se me ocurren dos cosas que puedo hacer ahora mismo para arreglarlo.

—Vale, vale —dijo Bask gruñendo mientras se ponía en pie trabajosamente—.

No te lo tomes de forma tan personal. Solo hemos venido para entregar un mensaje. El jefe está convocando a todos los capitanes.

Renzik se no sabía qué podía ser tan importante, pero sí que no era algo bueno.

—Bien, habéis entregado el mensaje. Ahora largo.

Los matones fruncieron el ceño, pero Bask, cubriéndose la cara ensangrentada con un pañuelo sucio, se alejó seguido por el otro. —Me has roto la nariz otra vez —gruñó.

—Te he hecho un favor —contestó Renzik—. *Otra vez.*

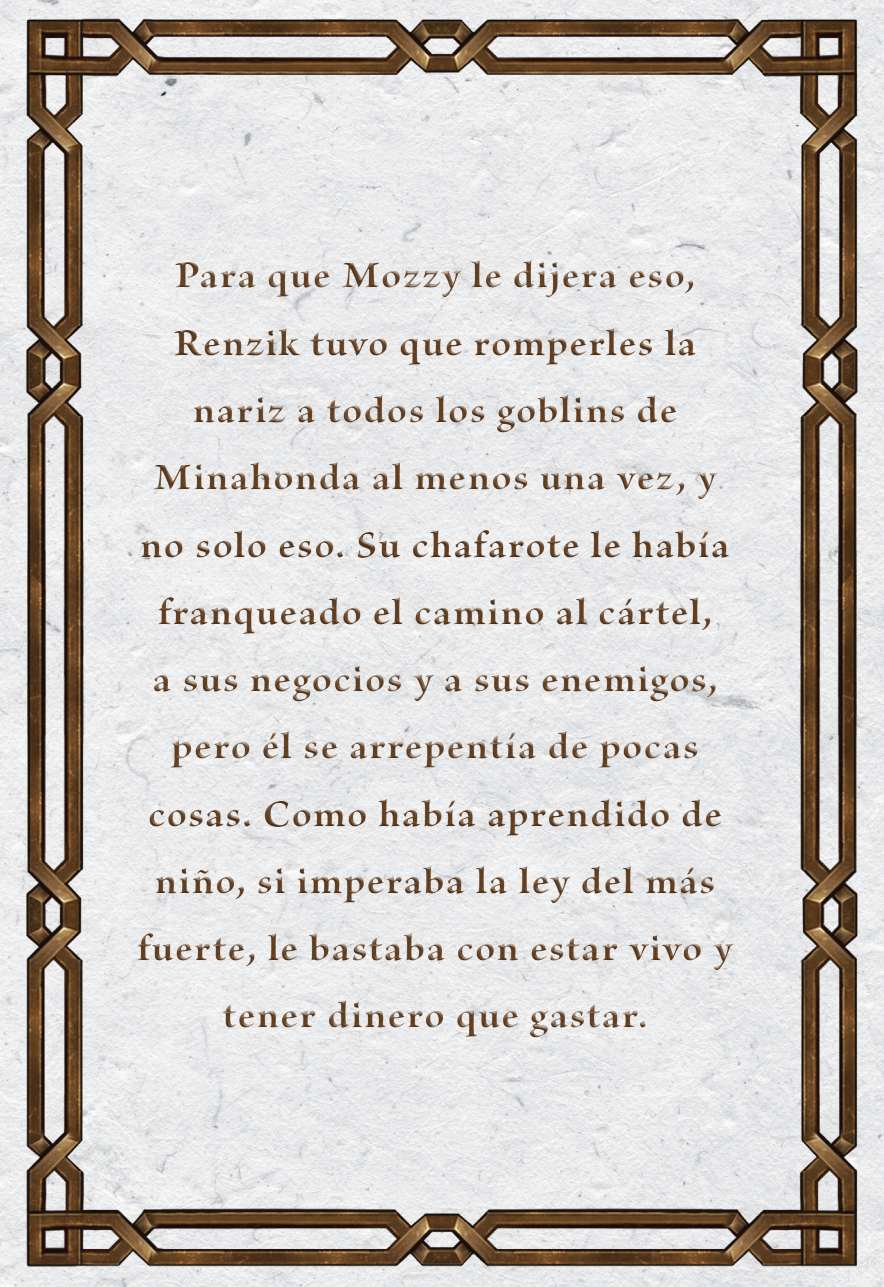
Lo siguió con la mirada hasta que doblaron la esquina antes de envainar su arma improvisada. A idiotas como aquellos se los veía a la legua, pero nadie parecía comprender el valor de los niños sin hogar. Para los habitantes de Minahonda no eran más que una molestia menor o algo completamente invisible, cosa que los hacía útiles.

Renzik era consciente de esa verdad por experiencia propia. Se había pasado casi toda su niñez como huérfano en las calles de Minahonda. Se acordaba del día en el que asesinaron a sus padres para robarles lo poco que tenían. Los monstruos que lo hicieron apenas le ofrecieron unas palabras de consuelo. *«No es nada personal, niño. Así funcionan las cosas. Aquí impera la ley del más fuerte, así que empieza a endurecerte.»*

Se pasó los siguientes años de su vida mendigando, robando y haciendo cosas peores. Aprendió a no tener piedad y a no recibirla. Y empezó a llevar un chafarote, un último recurso para protegerse en las crueles calles. Sus «actividades» llamaron la atención de un capitán local que una noche lo cazó robando y quedó impresionado con la determinación del muchacho. En lugar de acabar con Renzik, el capitán le dio trabajo.

Con el paso de los años, los goblins mayores empezaron a hacerle encargos cada vez más peligrosos: robar, transportar contrabando y, a veces, dejar inconscientes a algún que otro guardia. Cuando tenía éxito, podía comer. Se labró la fama de tener un puño fuerte y de ser un cuchillo fiable en la oscuridad. Por desgracia, acabaron por pillarle robándole a uno de los príncipes mercantes y lo enviaron a trabajar en las minas. Las duras condiciones de trabajo lo endurecieron y lo fortalecieron aún más.

Con el tiempo acabó como recluta para el cártel de un príncipe mercante local, Mozzy Gloxscorn. Su infancia le enseñó todo lo que necesitaba para sobrevivir en Minahonda. Pocos conocían los callejones y cloacas mejor que él.



Para que Mozzy le dijera eso,
Renzik tuvo que romperles la
nariz a todos los goblins de
Minahonda al menos una vez, y
no solo eso. Su chafarote le había
franqueado el camino al cártel,
a sus negocios y a sus enemigos,
pero él se arrepentía de pocas
cosas. Como había aprendido de
niño, si imperaba la ley del más
fuerte, le bastaba con estar vivo y
tener dinero que gastar.

Le llamaban «Chafarote» porque usaba esa arma y por su capacidad para adaptarse, una virtud que le permitió ascender de rango rápidamente: de vigilante a mensajero, luego a matón y después a ejecutor. Fue cuestión de tiempo que llamara la atención del propio Mozzy, que lo nombró capitán y miembro de su círculo interno. Un «goblin hecho y derecho» por así decirlo, y uno de los puños sangrientos del cártel Krackslagger.

Para que Mozzy le dijera eso, Renzik tuvo que romperles la nariz a todos los goblins de Minahonda al menos una vez, y no solo eso. Su chafarote le había franqueado el camino al cártel, a sus negocios y a sus enemigos, pero él se arrepentía de pocas cosas. Como había aprendido de niño, si imperaba la ley del más fuerte, le bastaba con estar vivo y tener dinero que gastar.

Dicho esto, tenía que admitir que se estaba cansando un poco de todo aquello. Nunca había un momento de paz; nunca podía confiar en nadie. Hasta cierto punto se enorgullecía de sus habilidades —eran la razón por la que seguía respirando—, pero últimamente su trabajo se había vuelto... *monótono*. En lo más profundo de su ser, sabía que su vida era desagradable y sentía el deseo de haber llegado hasta donde estaba por otros medios. Y había algo que casi nunca se atrevía a reconocer: echaba de menos a su madre. No había vuelto a tener otro momento de ternura desde el día en el que la asesinaron. Hizo una pausa. ¿No sería *verdad* que se estaba ablandando con los niños callejeros? Fuera como fuese, tenía claro es que ningún niño se merecía esa vida. Y todos esos años, la pequeña llama de injusticia que no se terminaba de apagar lo había mantenido a flote.

Se obligó a salir de sus ensoñaciones. Si había logrado estar donde estaba era porque había conseguido ser el mejor y el más cruel. Y él sabía que, mediante la fuerza bruta y la violencia, los príncipes mercantes se las habían apañado para crear cierta estabilidad en Minahonda, un lugar donde antes solo había caos. Así se hacían las cosas aquí abajo y lo más probable era que nunca cambiaran.

Se preguntó qué querría el príncipe mercante Gloxscorn mientras se encaminaba al cuartel general.



Embargado por una cierta sensación de incomodidad, Renzik tomó en la larga mesa, junto con una docena de goblins importantes. Odiaba las reuniones como esa, en parte porque detestaba no saber qué estaba ocurriendo, pero también porque no le gustaba la gente, sobre todo la de aquel grupo, del que no podía fiarse un pelo.

El príncipe mercante Mozzy Gloxscorn, vestido con sus ropas de seda habituales, daba vueltas alrededor de la mesa con una tosca porra en las manos.

—Otro cargamento se ha ido al traste —siseó Mozzy al tiempo que golpeaba la mesa con la porra.

Varios de sus capitanes dieron un respingo. Renzik se relajó un poco: aquello no tenía nada que ver con él. El negocio de envíos del príncipe mercante no era de su incumbencia a menos que le enviaran para intimidar a un cliente que no había pagado a tiempo.

—¡Esta vez han sido bombas de fragmentación de mithril! —gruñó Mozzy mientras arrastraba la puntiaguda porra por la superficie de madera—. ¡Y han robado el cargamento entero!

—¿Quién sería tan estúpido como para robarte explosivos, jefe? —dijo uno de los capitanes.

—Pues quizá TÚ, Flumbuck —gruñó Mozzy mientras pinchaba con la punta de la porra el nuevo chaleco de cuero verde de Flumbuck. Las púas penetraron el brillante cuero y el pecho de Flumbuck.

—No, señor —dijo con un jadeo—. ¡Eso nunca!

Cayó una gota de sangre del cuero, y Flumbuck abrió los ojos de par en par.

Renzik frunció el ceño. Había dos tipos de personas en Minahonda: los listos y los estúpidos. Y Flumbuck... no era listo. Renzik lo veía venir. Sabía que el jefe se iba a enfurecer, en parte porque debía mantener a su gente bajo control, pero también porque el príncipe mercante era un tipo violento y vengativo. No es que Renzik le tuviese simpatía a Flumbuck, pero, a pesar de sus carencias, el capitán era leal como un perro.

Renzik hizo crujir el cuello hacia un lado para disimular su incomodidad al mismo tiempo que se abría la puerta y un bruto dejaba pasar a una goblin minúscula.

—¿Príncipe mercante Gloxscorn? Esta chófer quiere contarte algo.

Mozzy se volvió hacia ella.

—¿Qué pasa?

Vivi Vendeclaxon asintió.

—Yo conducía el triciclo que asaltaron. Fueron tres humanos, señor. Hombres. Altos y vestidos de negro. Sabían lo que transportaba... ¡A diferencia de mí!

—¿Por qué no luchaste? —preguntó Mozzy.

La goblin levantó la mirada hacia él.

—¿Contra tres ladrones armados? ¿Por qué no llevaba guardias?

—¡*PORQUE SE SUPONÍA QUE ERA UNA OPERACIÓN SECRETA!* —gritó el príncipe. Hizo una pausa para calmarse—. Quiero que se reúna a todos los piratas de la zona. Mozzy Gloxscorn no puede parecer débil. Hay que dar ejemplo con ellos.

Vivi tosió. —Perdón por el comentario, señor, pero... No creo que fueran piratas.

—Ay, ¿en serio? —dijo el príncipe mercante con desdén.

—Eran demasiado... educados. Tenían buenos modales. Y, sinceramente... Los piratas de por aquí suelen apestar a podredumbre y a pescado muerto. Esos tipos olían a limpio.

Mozzy hizo una pausa para barajar esta información bajo la atenta mirada de todos sus capitanes.

—Podría tratarse de un competidor que quiere entrometerse en sus asuntos, señor.

—¡O quizá se trate del comprador, que intenta evitar el pago!

Mozzy dirigió una mirada cruel a sus capitanes.

—O *podría* ser uno de *vosotros* intentando llenarse los bolsillos.

Todos respondieron con negativas categóricas. Renzik los observó con cuidado.

Mozzy soltó una carcajada desagradable. —Quién sabe, incluso podría tratarse de alguien de la Alianza que intenta enriquecerse a mi costa. Una cosa está clara: ¡hay un chivato en mi organización que le está pasando información a alguien que me roba!

Los capitanes se miraron con incomodidad y ojos de sospecha. ¿Y si *de verdad* era de uno de ellos?

—Y *eso* es inadmisibile. ¿Alguien... sabe... por qué? —Mozzy miró a Flumbuck, que estaba intentando taparse la herida del pecho—. ¿Flumbuck?

El goblin herido alzó la mirada, pálido.

—¿Porque es m-malo para el negocio?

Mozzy dejó la porra en la mesa con delicadeza.

—Vas a averiguar quién es el chivato.

Renzik se lo quedó mirando, sorprendido.

—¿Yo? Soy un ejecutor. De esto se tiene que encargar un tipo con cabeza.

—Para esto no hace falta cabeza — dijo Mozzy con una mueca—. Y, sinceramente, tú eres el único goblin de por aquí en el que puedo confiar.

—¡PORQUE ES MALO PARA EL NEGOCIO! —rugió Mozzy dando un golpe a la mesa que hizo saltar astillas—. ¡Los explosivos son nuestra operación más lucrativa! Si el resto de príncipes mercantes llegan a pensar que soy débil, puede que intenten derrocarme. ¡Y si yo caigo, vosotros caéis conmigo, idiotas! ¡Todo lo que hemos construido está en peligro!

Los capitanes le aseguraron que eran inocentes de traiciones, errores o incompetencias y le prometieron su ayuda para llegar al fondo de aquello.

—No —gruñó Mozzy—. Meteos en vuestros asuntos. Hasta que tengamos más explosivos que podamos enviar, os va a tocar poner las pilas. ¡Y, ahora, largaos!

La mesa se vació a una velocidad pasmosa, y un bruto se llevó a Vivi de la habitación ante los mismos ojos de Renzik. Mientras este se acercaba a la puerta, Mozzy le cortó el paso con la porra.

—Toma asiento, Renzik.

Renzik miró la porra que le bloqueaba el paso y luego a Mozzy.

—Claro, Mozzy. ¿En qué puedo ayudar?

Mozzy dejó la porra en la mesa con delicadeza.

—Vas a averiguar quién es el chivato.

Renzik se lo quedó mirando, sorprendido.

—¿Yo? Soy un ejecutor. De esto se tiene que encargar un tipo con cabeza.

—Para esto no hace falta cabeza —dijo Mozzy con una mueca—. Y, sinceramente, tú eres el único goblin de por aquí en el que puedo confiar.

Renzik asintió.

—Además, ya sabes... Tienes talento para conseguir lo que necesito a base de golpes, sea dinero, información o... *confesiones*.

Renzik se encogió de hombros.

—Lo que tú digas, Mozzy.

Mozzy sonrió.

—Cuando lo descubras, hazle saber que ha dejado de ser útil a esta organización.



En el sótano bajo la tienda de queso de Trias, Mathias Shaw observaba un mapa complejo con el ceño fruncido.

—¿Y esto de qué va? —preguntó Elling Trias mientras servía una jarra de cerveza y una bandeja de cheddar curado.

—Estoy viendo cómo saco a mis informantes de Minahonda.

Trias arqueó una ceja.

—¿Por qué? Un informante solo es útil si se encuentra en una posición desde la que puede recabar información.

—Cierto, pero no me sirven de nada si están *muertos*.

—Ah. ¿Las cosas se han torcido tras el asalto?

—Así es —respondió Shaw—. El príncipe mercante Gloxscorn ha puesto en cuarentena todo su territorio para buscar al traidor. Mis informantes tienen la certeza de que alguien acabará descubriéndolos.

—No termino de entender qué te importa eso a ti —respondió el maestro quesero—. Todo lo bueno llega a su fin.

—Qué cínico. —Shaw lo miró fijamente—. Se han arriesgado para pasarme información fiable y por la Luz que no voy a dejar que mueran. No imaginas lo raro que es que un goblin esté dispuesto a arriesgarlo todo por una oportunidad incierta de mejorar su vida...

—Mucho, supongo.

Shaw miró al suelo.

—He derramado mucha sangre en mi carrera, y también he permitido que se derrame mientras yo me mantenía al margen. He descubierto que eso no me deja buen cuerpo.

—Vaya, Mathias, eso ha sonado muy... idealista —dijo Trias con una sonrisa.

Shaw gruñó. —Esas personas no son criminales. Solo quieren romper el ciclo.

Estudió el mapa un momento y luego miró a Trias.

—Además, a la Alianza le irá mucho mejor si no los atrapan y los obligan a confesar que han ayudado a Ventormenta a robar sus mejores armamentos. Cuanta menos gente sepa lo que hacemos, mejor. ¿No te parece?

Trias le dio un sorbo a su cerveza.

—Un argumento de lo más convincente. Bueno. Dado que el IV:7 no cuenta con alguien que pueda... entrar en la región sin llamar la atención, ¿cómo planeas sacarlos de allí?

Shaw frunció el ceño mientras empezaba a planificar la misión en el mapa.

—He ahí la cuestión, precisamente.



Renzik estaba comenzando a frustrarse. Sus habilidades no eran las más adecuadas para la tarea, y su reputación le precedía. Al margen de los niños que usaba, tenía más gente bajo amenaza que informantes. Pero al menos había hecho ciertos progresos. Comenzó hablando con un supervisor de una mina de azufre cercana que se mostró dispuesto a hablar en cuanto lo amenazó con ponerle a *trabajar* en la mina. Le dijo de inmediato el nombre de una trabajadora que había «agitado el ambiente».

En su destartalada cabaña, Fritzi Parladisputa miraba a Renzik con expresión desafiante.

—¿Estás loco? ¡No sé nada de eso!

Renzik le dirigió una mirada de reojo.

—El supervisor me ha dicho que siempre te metes en líos.

Ella suspiró.

—Si organizar a los mineros para que tengan unas mejores condiciones de trabajo y una paga digna es *meterme en líos*, pues sí, eso hago.

—Entonces, ¿no les has dicho a los jefes de las minas que les ibas a complicar la vida?

—Con eso me refería a que ponernos en huelga —replicó ella mientras dirigía una mirada suplicante a Renzik—. No quiero morir, pero aquí hay demasiados trabajadores que *están* muriendo, ya sea por heridas, por enfermedades o por pura miseria. Los jefes solo quieren que me uses de ejemplo para que dejemos de colaborar.

Eso hizo pensar a Renzik. No recordaba con cariño el tiempo que había pasado en las minas, y no tenía motivos para pensar que la situación de los trabajadores hubiera mejorado desde entonces.

—Además —prosiguió Fritzi—, incluso si *quisiera* hacer algo así, los explosivos están hechos de productos químicos, además de pasar por un proceso de refinado y empaquetado. Los envíos se planifican con un calendario. No me pagan lo suficiente para encargarme de algo así; ve a ver a alguien que entienda de calendarios.

Tenía razón. Renzik asintió a modo de agradecimiento y se giró para marcharse, pero se detuvo un momento para tirar una lámpara de una mesa.

—¡Oye! ¿A qué ha venido eso? —preguntó Fritzi.

—Lo siento —suspiró Renzik—. Tengo una reputación que mantener.



Renzik se detuvo frente a una cabaña sorprendentemente bien conservada en el suburbio del este. Le había sacado a un informador del cártel el nombre de un conductor que, según él, se había quejado del bajo salario y de los horarios abusivos. En el fondo, Renzik pensaba que los de arriba lo estaban usando para deshacerse de otro agitador en potencia, pero tenía que comprobarlo.

Llamó a la puerta y, un momento después, la abrió una joven goblin con mirada de nerviosismo. —¿Sí?

—¿Beezle Gnarflujo? —preguntó.

Un hombre joven apareció junto a ella.

—Soy yo —dijo poniéndose entre la chica y Renzik.

A este le sorprendió agradablemente aquella demostración de valentía.

—Me llamo Renzik —dijo. Sin que él lo notara, los dos goblins palidecieron—. ¿Os importa si entro?

La pareja se echó a un lado en silencio, y Renzik entró a grandes zancadas en la pequeña casa.

La habitación en la que se encontraba era... muy agradable, la verdad. No había nada lujoso, pero estaba limpia y era acogedora. Todo lo que tenían era de mejor calidad que las posesiones de la mayoría de los obreros goblins que él conocía. Incluso había una placa decorativa en la pared, un objeto demasiado valioso para un lugar como aquel. La pareja se quedó mirando mientras la mujer se frotaba las manos con nerviosismo.

Je. Ha resultado más útil de lo que imaginaba. Gracias. Sois muy listos. Si saco algo de esto, hasta le diré al jefe lo serviciales que habéis sido.

—No hace falta —respondió Seersa mientras sonreía con incomodidad—. Es un placer ayudar.

Renzik le devolvió la sonrisa mientras la señalaba con el dedo.

—¿Ves? Lista.

Renzik examinó la placa y descubrió que no era de factura goblin. Se volvió hacia ellos.

—Qué bonita. ¿La habéis comprado en Minahonda? ¿Con un sueldo de chófer?

—Fue un... regalo —repuso la mujer.

—Ajá. ¿Cómo te llamas? —le preguntó.

—S-Seersa —dijo ella con un tartamudeo.

Renzik la señaló con la cabeza.

—Estás hecha un manojo de nervios, Seersa. ¿Por qué?

Ella lo miró como si la hubiese llamado estúpida.

—Eres... Renzik. Chafarote. Nadie quiere que llames a su puerta.

Beezle le puso el brazo en el hombro.

—Seersa, no...

Renzik hizo un ademán.

—De hecho, eso es muy razonable. Me *ofende* un poco, pero es razonable. —Se volvió hacia ellos—. Bueno. Beezle. Ya sabes por qué estoy aquí.

Beezle se puso más nervioso.

—¿Ah, sí?

—Eres chófer del cártel.

—Sí...

—Y como chófer, seguro que te has enterado de que han robado algunos envíos últimamente.

—No, no lo sabía. ¿Quién es tan idiota como para robarle a Mozzy?

—Qué curioso. Eso es justo lo que pensé cuando me lo contaron a mí.

Renzik sacó su chafarote y la pareja dio un paso atrás de forma involuntaria mientras la mujer echaba un vistazo rápido al cuarto trasero.

—El tema es el siguiente —dijo Renzik—: Alguien de los nuestros les ha vendido información sobre esos envíos a piratas, mercaderes de la competencia o incluso puede que a la Alianza. Hay pruebas que conducen hasta ti. Todo esto será mucho más fácil si confíasas.

—¿Más fácil... o más *rápido*? —preguntó Beezle.

El chafarote, en un movimiento a velocidad cegadora, le rajó la oreja a Beezle; el

goblin se llevó una mano allí tratando de detener la hemorragia.

Renzik se encogió de hombros.

—Ambas cosas, supongo.

Ahora fue Seersa quien se interpuso entre Renzik y su marido.

—Es *imposible* que él sepa algo. Ni siquiera le informan de su trabajo hasta el último momento.

Renzik hizo una pausa. Aquello le estaba dando dolor de cabeza.

—Vale, pongamos que eso es cierto. Digamos que tu pichoncito no tiene nada que ver. ¿Tú quién crees que está detrás de todo esto?

Llegados a este punto, estaba dispuesto a aceptar cualquier pista, fuera cual fuese la fuente.

La pareja respondió atropellándose con un torrente de ideas:

—¿Quién más puede querer ese envío?

—¿Quién es el comprador? Quizá *le esté* dando el chivatazo a los piratas, y estos se repartan el botín con el comprador.

—Quizá sea alguien de la refinería, que quiere crear su propia red de contactos.

—Es lo que siempre dicen: sigue el dinero —sentenció Beezle—. ¿No? Entonces, ¿quién gestiona el dinero?

Renzik le dio vueltas a todo esto y, al cabo de un momento, envainó la hoja cuidadosamente.

—Je. Ha resultado más útil de lo que imaginaba. Gracias. Sois muy listos. Si saco algo de esto, hasta le diré al jefe lo serviciales que habéis sido.

—No hace falta —respondió Seersa mientras sonreía con incomodidad—. Es un placer ayudar.

Renzik le devolvió la sonrisa mientras la señalaba con el dedo.

—¿Ves? Lista.

La pareja mantuvo una expresión sombría mientras se marchaba y, al quedarse solos, intercambiaron una mirada de terror.



Renzik comenzó con un puñetazo a la nariz. No era muy original, pero incentivaba la cooperación nueve de cada diez veces.

—¿Me *tomas el pelo*, Renzik? —resopló Specs Montoclanc, tirado sobre el grueso pellejo de crocolisco que alfombraba el suelo de la lujosa oficina del contable.

Renzik, en pie sobre el viejo goblin, hizo crujir los nudillos.

—Eres el culpable del robo de los explosivos, Specs. De todos los robos. Reconócelo.

El contable soltó una carcajada mientras intentaba ponerse en pie a duras penas. Tanteó el suelo en busca de sus gafas que, milagrosamente, no se habían roto tras el puñetazo de Renzik.

—¿Qué pruebas tienes de tan falaz acusación?

—¿Qué significa falaz?

—Significa «falso», ¡bruto ignorante!

Renzik decidió ignorar el insulto por el momento. Tenía tiempo de sobra para hacérselo pagar.

—Tú llevas los libros, Specs. Eres tú quién gestiona todas las operaciones del jefe. Estás al tanto de la minería, del montaje, del calendario de envíos... De todo. Y mira este lugar. Nunca había visto un sitio tan elegante, aparte de la casa del jefe. —Se inclinó sobre el frágil anciano—. ¿De dónde sale *tanta* pasta, Specs? Tienes que ser tú.

—Serás... idiota.

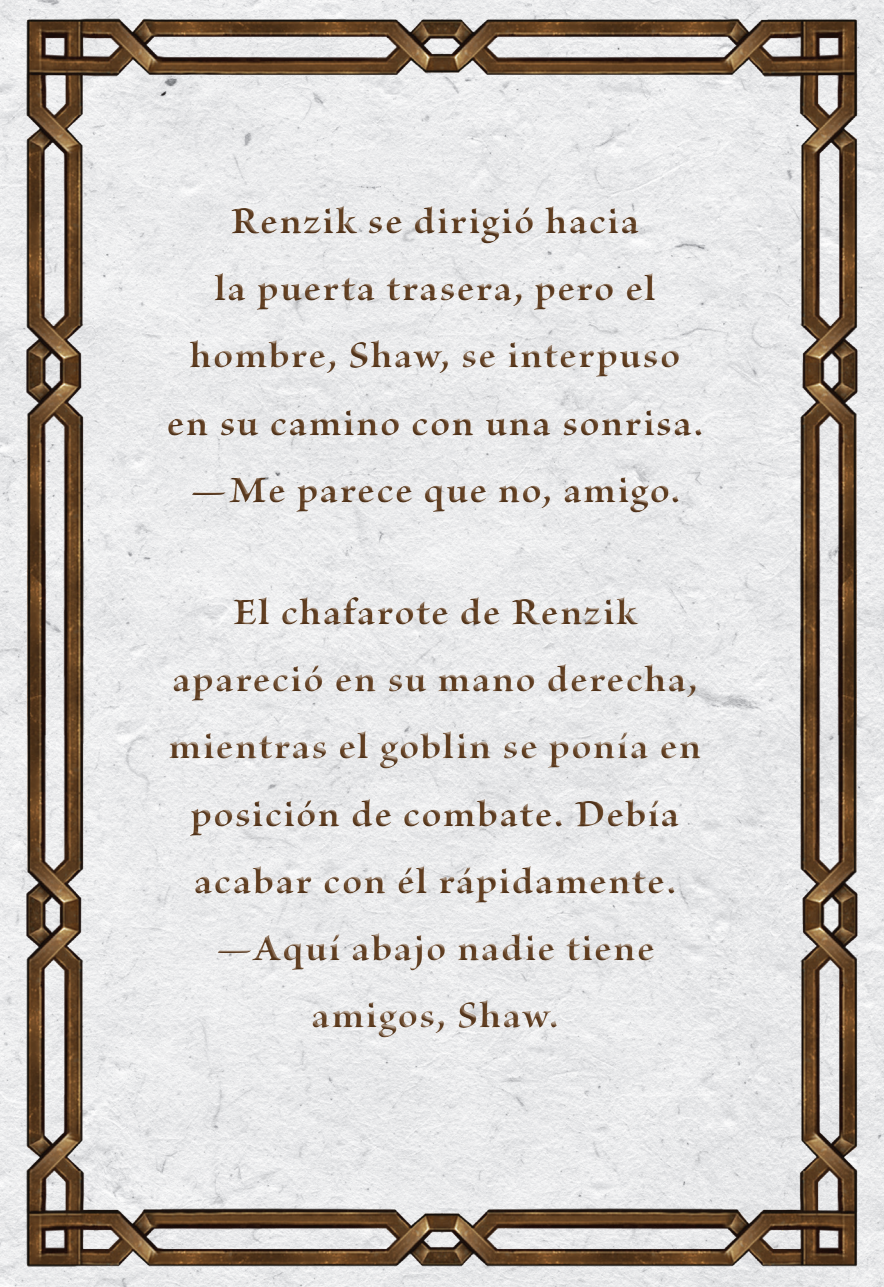
El comentario no hizo el menor efecto a Renzik, pero el contable continuó. De hecho, fue *él* quien pareció enfurecerse, como si pretendiese intimidarlo.

—¡Pues claro que tengo cosas lujosas! Mozzy me paga muy bien. *Me valora*.

Specs se giró hacia una mesa con fotografías en las que aparecía él con varios altos cargos de la organización —ya fuera trabajando o disfrutando de celebraciones— y cogió un libro de contabilidad. Lo abrió sobre su mesa y se lo pasó de un golpe a Renzik.

—Llevo un registro *impecable* de la procedencia exacta de todo. Sé que tengo todas las papeletas para ser el sospechoso principal: ¡me paso el día con las cuentas! ¡Sería un imbecil integral si renunciara a *todo esto* para robarle a Mozzy! ¡Pero si fui yo quien sugirió usarte a *tí* para encontrar al chivato! —dijo casi gritando.

Renzik le echó un vistazo al libro de contabilidad; lo poco que sabía de números parecía indicar que el arrebato del contable estaba justificado. Suspiró.



Renzik se dirigió hacia la puerta trasera, pero el hombre, Shaw, se interpuso en su camino con una sonrisa.
—Me parece que no, amigo.

El chafarote de Renzik apareció en su mano derecha, mientras el goblin se ponía en posición de combate. Debía acabar con él rápidamente.
—Aquí abajo nadie tiene amigos, Shaw.

Había llegado a otro callejón sin salida y, a decir verdad, no sabía qué hacer. Estaba harto del juego. Harto de todo, de hecho. Derrotado, cerró el libro de contabilidad y lo puso de nuevo sobre la mesa. Echó un vistazo a las fotos, que eran poco comunes por aquellos lares. Hizo una pausa. Cogió una, sacada en aquella misma oficina. Era de Specs, brindando con Mozzy y varios capitanes. Al fondo, ligeramente desenfocada, había una goblin.

Renzik sintió un cosquilleo en la nuca. Le mostró la fotografía al contable y señaló a la figura.

—¿Quién es esa?

Specs entornó los ojos ante la fotografía, se puso las gafas y apartó la mirada con gesto desdeñoso. —No es más que una de mis secretarias, Seersa.

Renzik volvió a dejar la fotografía en la mesa con cuidado y se marchó.



Estaba de un humor de perros mientras se dirigía de nuevo al suburbio del este. La pareja le había caído bien, pero se la habían jugado. De hecho, recordó en ese momento, no había roto nada al marcharse de la casa. ¿Estaría en baja forma? No obstante, al acercarse al vecindario, vio que Spatter y Jinzi corrían hacia él. Eso ya era bastante poco habitual; los había entrenado para no hacerlo. Pero estaba tan concentrado en su objetivo que no les hizo caso hasta que Spatter le tironeó el abrigo.

—Ha pasado algo, señor R —dijo Jinzi, sin aliento—. Le hemos buscado por todas partes.

Renzik estuvo a punto de pasar de largo, pero al final se contuvo.

—¿Qué pasa?

Los niños se miraron.

—Por aquí.

Los mozalbetes lo guiaron por varios callejones hasta llegar a una intersección donde señalaron a uno de los vigilantes de baja estofa de Mozzy. Estaba apoyado en el edificio y dormido en el trabajo. Mozzy se pondría furioso si se enteraba.

—Y no es el único —susurró Spatter. Los diminutos espías lo guiaron hasta otras dos esquinas en las que otros tantos guardias estaban dormidos en sus puestos. Y lo peor es que no estaban lejos de la casa donde vivían los Gnarflujo.

Al mal humor de Renzik se le empezó a sumar una inquietud creciente. Al examinar a la tercera guardia, encontró un dardo en su cuello. Sacó un segundo dardo del cuello de su abrigo y lo olisqueó. Un olor ligeramente ácido le hizo recular: era la inofensiva aunque potente hierba que en las calles se conocía como loto cárdeno. Antes de darse cuenta de lo que estaba haciendo, echó a correr hacia la cabaña de los Gnarflujo.

La pareja estaba terminando de cargar sus mochilas con lo indispensable cuando la puerta saltó de sus goznes. Renzik entró en la casa mientras Seersa y Beezle lo miraban, paralizados por el miedo.

—Escuchad, puede que no me gusten las cosas que hago para ganarme la vida..., pero *detesto* que me tomen por idiota. Si hubieras confesado, todo habría sido rápido e indoloro —dijo mirando a Beezle—. En cuanto a ti —añadió señalando a Seersa—, ahora responderás ante el jefe.

Seersa dio un paso atrás.

—No lo entiendes —dijo con un nudo en la garganta—. Tuvimos que hacerlo. No nos querían dar..

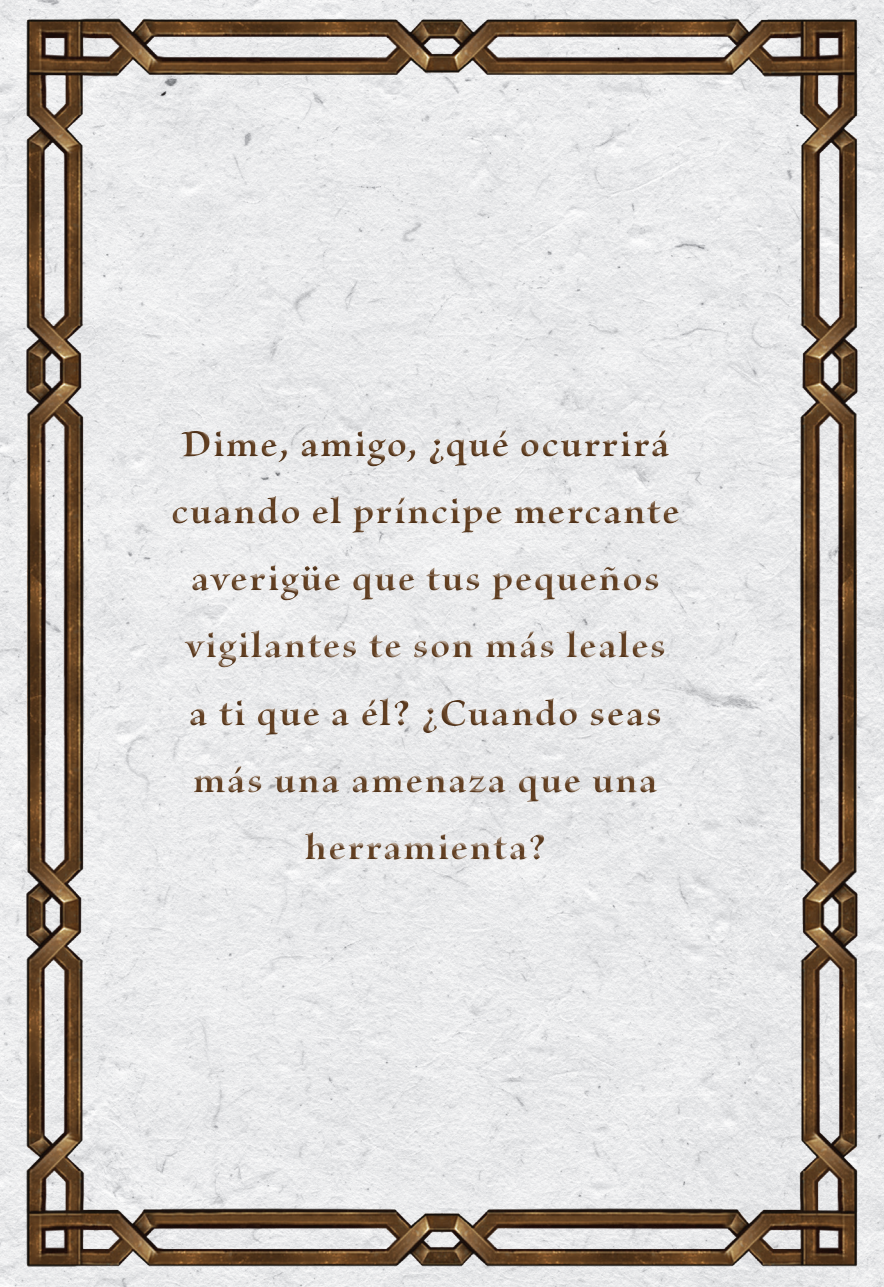
—No me importa —dijo Renzik—. Todos tenemos una historia o un motivo. Pero conocías las reglas y las incumpliste de todos modos.

Antes de que pudiera decir otra palabra, oyó un silbido. Mientras esquivaba una andanada de dardos envenenados, un humano entró en la habitación desde la parte trasera de la casa. Era alto y fornido, y se interpuso entre Renzik y sus objetivos.

—Yo me encargo de él —le dijo el hombre a la pareja—. Marchaos por el túnel. He despejado todos los posibles estorbos. Los míos se reunirán con vosotros al otro lado.

Seersa desapareció un instante en una habitación contigua, de la que volvió con otro fardo.

—Ten cuidado, Shaw. Es peligroso —le advirtió. Dicho lo cual, siguió a su marido hacia la parte trasera de la casa.



Dime, amigo, ¿qué ocurrirá
cuando el príncipe mercante
averigüe que tus pequeños
vigilantes te son más leales
a ti que a él? ¿Cuando seas
más una amenaza que una
herramienta?

El hombre alto hizo una mueca al oír su nombre; su tapadera había quedado al descubierto.

Renzik se dirigió hacia la puerta trasera, pero el hombre, Shaw, se interpuso en su camino con una sonrisa.

—Me parece que no, amigo.

El chafarote de Renzik apareció en su mano derecha, mientras el goblin se ponía en posición de combate. Debía acabar con él rápidamente.

—Aquí abajo nadie tiene amigos, *Shaw*.

—Bueno, la noche es joven.

La sonrisa de Shaw irritó a Renzik. Empezó a avanzar hacia él, pero, de repente, apareció una daga de aspecto retorcido en una de las manos de Shaw... y una segunda en la otra. Estaba claro que, quienquiera que fuese, no iba a ser presa fácil. Los dos enemigos intercambiar fintas y, encarados, empezaron a caminar en círculos buscando una oportunidad para atacar mientras asestaban tajos y estocadas.

—Manejas esa hoja de maravilla —dijo Shaw en medio de un golpe.

Renzik desvió la daga con su chafarote.

—Tú tampoco lo haces mal —admitió mientras el otro bloqueaba su contragolpe y estaba a punto de alcanzarlo con la daga de la mano izquierda.

Miró a su alrededor y se acordó de la placa elegante de los Gnarflujo; seguro que la sujetaba un alambre a la pared. Dio un paso atrás manteniendo a Shaw a raya y se colocó la placa alrededor de la mano izquierda a modo de rodela improvisada.

—Muy astuto —lo elogió Shaw—. Se ve que tienes recursos. Imagino que te criaste en las calles. Creciste luchando por cada bocado.

Renzik intentó ignorarlo.

—Si me permites la pregunta, ¿cómo puedes defender a tu príncipe mercante viendo la brutalidad, la violencia y la opresión con la que trata a buenas personas como estas?

—Vivi tenía razón. No eres un pirata —gruñó Renzik mientras agarraba una silla y se abalanzaba sobre Shaw, que respondió con una patada que hizo astillas el mueble y lo detuvo—. Tienes que ser de la Alianza viniendo a un lugar como este con tu moralina.

—Salta a la vista —respondió Shaw—. ¿Príncipes mercantes egoístas que se enriquecen evitando que su gente consiga las medicinas que necesita? Así, todo el mundo depende de *su* buena voluntad, una buena voluntad que, en el mejor de los casos, escasea.

Renzik hizo una mueca; sabía que lo que decía era cierto, pero tampoco era toda la verdad.

—Antes de los príncipes mercantes, cada uno iba por su cuenta, y nadie tenía seguridad. Nunca. Al menos, ahora hay orden.

Lanzó lo que quedaba de la silla a Shaw, que levantó una mano para bloquearla. Eso le ofreció a Renzik la oportunidad que necesitaba al descubierto.

—¿Son implacables? Sí. Pero hay dos tipos de personas en Minahonda: los listos y los estúpidos. Y sé lo que les pasa a los estúpidos. —concluyó mientras se abalanzaba sobre Shaw.

Este dio un salto hacia una mesa baja, que se partió bajo su peso haciéndolo caer hacia atrás, pero al final recobró el equilibrio.

—Sospecho que eres *tú* lo que les ocurre a los estúpidos. ¿De verdad que esto es todo lo que quieres para ti?... ¿Para tu familia?

Renzik dejó escapar una carcajada amarga mientras avanzaba.

—No tengo familia.

—Pero seguro que te preocupas por alguien aquí abajo —insistió Shaw mientras atacaba y giraba sus hojas para contener la carga de Renzik—. Me he fijado en tus pequeños oteadores mientras venía. Todos esos niños que confían en ti para poder comer...

Renzik pensó en los niños callejeros —en cómo serían sus futuros sin él— y gruñó: el hombre intentaba comerle la cabeza.

—Aquí abajo nos las apañamos, y me las he visto en peores.

—Sí, pero podrías *crear* algo mejor. Igual que hemos hecho nosotros.

Renzik resopló.

—Ya, claro. Hablando de eso, ¿qué hace aquí la Alianza? ¿Espiarlos? ¿Robarnos? Con lo justos y poderosos que sois...

Shaw negó con la cabeza.

—Goblins... Tu pueblo tiene muchas cosas que son dignas de admiración. Sois creativos. Tenéis inspiración. Poseéis talento para construir cosas. Y a pesar de todo eso, parece que os conformáis con vivir en un sistema diseñado para abusar de vosotros. Tu jefe vende bombas para *llenarse* los bolsillos. Aquí abajo mantiene a tu gente enferma, empobrecida y hambrienta mientras los demás hacen *su* trabajo. Pero esas bombas también le hacen daño a buena gente en otros lugares. A los míos, a veces. Las robé para que no las tuvieran unos malhechores.

Renzik lanzó una estocada, pero Shaw la esquivó.

—La Alianza también ha cometido crímenes.

—Sin duda —admitió Shaw—. Y yo he participado en ellos. La Alianza no es perfecta. Nada lo es. Pero quieren la paz. Están intentando ser mejores.

—¿A costa de nuestro sistema? ¿Y encima usas a esos goblins enfermos y hambrientos para que te hagan el trabajo sucio? Los has convertido en unos traidores.

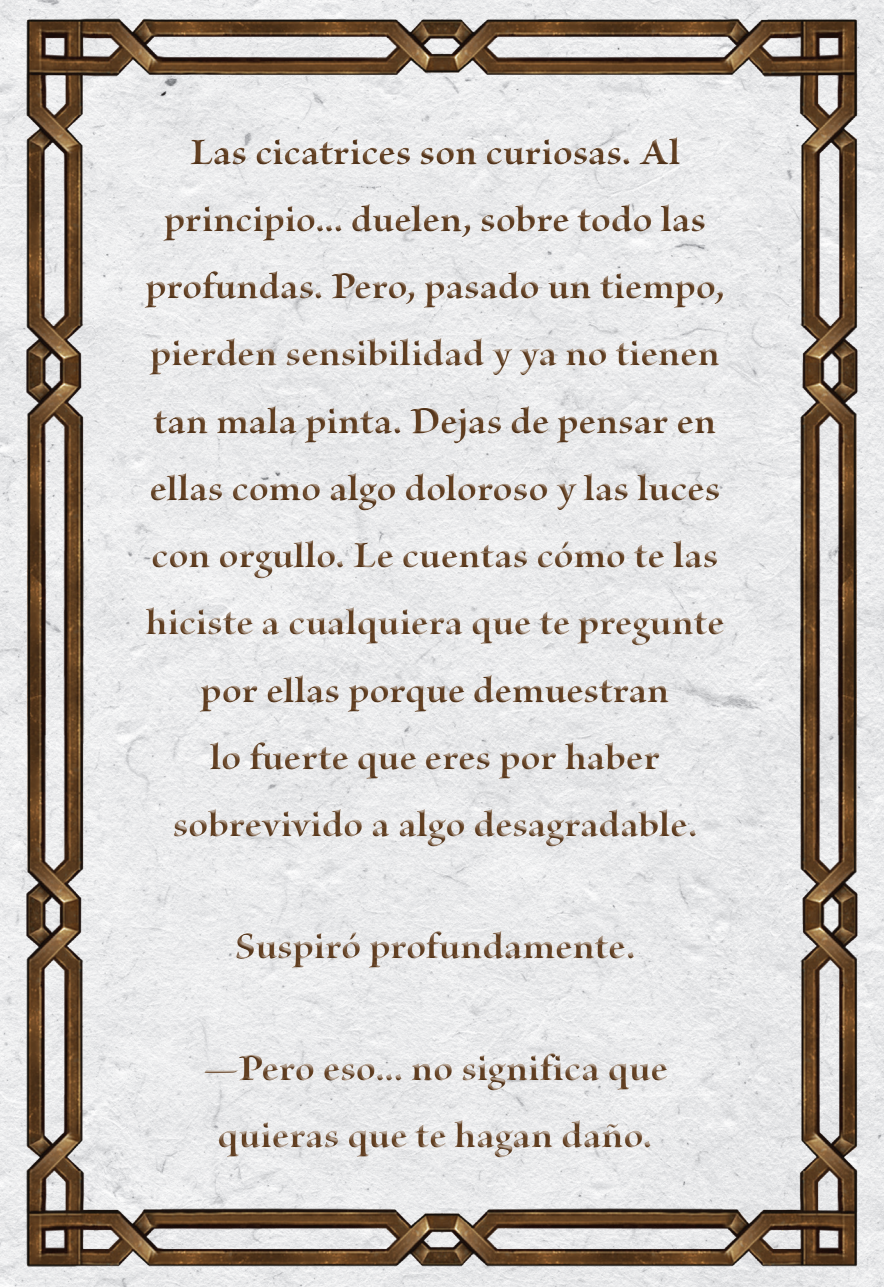
—Anda ya —replicó Shaw mientras los dos seguían intercambiando ataques y fintas—. ¿A quién traicionan? ¿A un líder criminal y corrupto? Los Gnarrflujo solo querían medicinas y quizá algo más que sobrevivir a duras penas.

Renzik le lanzó un tajo.

—Pues yo he conseguido algo más que sobrevivir sin ser un soplón.

—Estás muy centrado en estar solo, en tu propia *fuerza*, en lo bien que has conseguido *salir adelante* en este lugar —le espetó Shaw mientras paraba un ataque—. Pero seguro que entiendes que eso es lo que quiere Mozzy. Que te sientas solo, siempre alerta y manteniendo a los demás a raya. Le estás haciendo el trabajo sucio. Dime, amigo, ¿qué ocurrirá cuando el príncipe mercante averigüe que tus pequeños vigilantes te son más leales a *tí* que a *él*? ¿Cuando seas más una *amenaza* que una herramienta?

El peso de aquel pensamiento lo abrumó durante un instante y Shaw lo aprovechó. El espía lanzó una de sus dagas hacia Renzik, que consiguió pararla a duras penas con la placa rota; el arma se clavó en el suelo, a sus pies. Renzik la cogió y se abalanzó sobre Shaw. En circunstancias normales, el hombre habría tenido ventaja, pero Renzik se agachó para atacarle en las piernas, y la hoja cortó los pantalones de Shaw. Este soltó un jadeo de dolor y sorpresa que evidenciaba que había dado en el blanco.



Las cicatrices son curiosas. Al principio... duelen, sobre todo las profundas. Pero, pasado un tiempo, pierden sensibilidad y ya no tienen tan mala pinta. Dejas de pensar en ellas como algo doloroso y las lucas con orgullo. Le cuentas cómo te las hiciste a cualquiera que te pregunte por ellas porque demuestran lo fuerte que eres por haber sobrevivido a algo desagradable.

Suspiró profundamente.

—Pero eso... no significa que quieras que te hagan daño.

Renzik se puso en pie, dispuesto a continuar con un nuevo un ataque, pero Shaw comenzó a tambalearse y le sonrió de forma extraña.

—Bien hecho, *amigo*.

Sin decir ni una palabra más, cayó inconsciente.

Renzik se quedó confundido unos instantes. La herida no era mortal. Qué demonios, apenas lo había rozado. Entonces comprendió lo sucedido. Pasó el dedo por la hoja y lo olfateó. Estaba embadurnado de loto cárdeno. Había vencido al humano con su propia estrategia.

Pero entonces reparó en otra cosa: el loto cárdeno casi nunca era mortal; solo te dejaba inconsciente. Mientras ataba a Shaw, se dio cuenta de que, aunque hubiera perdido el combate, no tenía la intención de matarlos a él ni a los vigilantes. Examinó la daga —una hoja excelente— y la guardó en el bolsillo de su abrigo. Ya tenía una presa para Mozzy, lo que era un resultado mucho mejor de lo que cabía imaginar hasta entonces. Pero sentía un leve atisbo de... arrepentimiento por lo que le iba a ocurrir al tipo. Pero, a fin de cuentas, solo estaba haciendo su trabajo.

Salió disparado por la parte trasera de la casa y miró a su alrededor. Para su sorpresa, Jinzi y Spatter estaban en el callejón, a una manzana de distancia.

—¿Has visto por dónde han ido? —le preguntó a Jinzi.

La niña asintió.

—Por aquí.

Renzik notó el orgullo de los niños, aunque manchado por el peso de las palabras de Shaw. Al menos cenarían bien aquella noche.



Seersa y Beezle siguieron avanzando por el túnel de la alcantarilla hasta la rejilla. Estaban cansados, y Seersa dio un traspies por culpa del peso que cargaba.

—Yo me encargo —dijo Beezle mientras le cogía el fardo—. Ya casi somos libres. Mañana a esta hora tendremos una vida distinta.

—Yo no estaría tan seguro —dijo Renzik con frialdad.

La pareja se detuvo y se volvió hacia él con expresión de tristeza; estaban *tan cerca* de escapar...

Renzik estaba demasiado enfadado —y demasiado cansado— como para que le importara.

—No... tienes por qué hacerlo —le suplicó Seersa.

—Sí, sí. Debo hacerlo —dijo Renzik con voz monótona—. Sois vosotros o yo.

Levantó la daga de Shaw y agarró a Beezle, que se encogió para proteger el fardo.

Pero cuando Renzik se disponía a asestar la puñalada, vio lo que protegía el otro: una niña pequeña, de unos cuatro años, enferma y sudorosa a causa de la fiebre.

—¡No! —chilló—. ¡Deja a mi papá!

Renzik se quedó de piedra mientras el mundo empezaba a dar vueltas a su alrededor. Sin pensarlo, soltó a Beezle y dio un paso atrás.

Seersa se acercó. —Hicimos lo que debíamos hacer para salvar a nuestra pequeña —dijo con voz temblorosa—. ¿Tú qué habrías hecho en nuestro lugar? Cuando Squeex se puso enferma, no hubo forma de pagar la medicina que necesita. Ya has visto la oficina de Specs Montoclanc. ¿Tienes idea de lo que se *siente* al ir allí a trabajar cada día con la impotencia de vivir en una pobreza que te impide salvar a tu propia hija?

Renzik se la quedó mirando.

—Es la ley del más fuerte —murmuró, totalmente desconectado de la realidad.

—¿Y siempre tiene que ser así? —preguntó ella entre lágrimas mientras le ponía una mano en el brazo.

Renzik la miró de reojo. Así había comenzado *su* vida. Y había acabado convirtiéndose en el mismo monstruo que lo había creado.

Agachó la cabeza y maldijo... varias veces.

Bajo la mirada aterrada de Seersa y Beezle, pegó un puñetazo a la resbaladiza pared del túnel. ¿Qué iba a hacer? Al cabo de un instante, Renzik se detuvo y, resoplando, los miró con seriedad.

—Marchaos.

Los dos goblins miraron hacia atrás, con miedo a sentir esperanza.

Renzik cerró los ojos, incapaz de mirar mientras la familia desaparecía en la oscuridad.



Shaw, atontado, despertó lentamente. Le picaba la oreja. Intentó rascársela, pero se dio cuenta de que estaba atado de pies y manos. Miró a su alrededor; seguía en la casa de los Gnarrflujo. Se dio la vuelta con un quejido y se detuvo en seco. Renzik se encontraba allí, sentado en la única silla que no estaba rota, mirándolo y jugueteando la daga que le había cogido antes.

—Bueno, supongo que el hecho de que siga con vida es... ¿esperanzador? —se aventuró a decir Shaw.

—Me ha tocado un optimista —gruñó Renzik—. No, es que Mozzy va a querer conocerte.

—Comprendo —suspiró Shaw—. ¿Qué le has hecho a la familia?

Renzik hizo una pausa.

—Están a salvo. Supongo que se encuentran con quienquiera que les estuviera esperando.

—Qué interesante —caviló Shaw—. Has obrado bien.

—Ya, bueno, no para *mí* si se entera el jefe —murmuró Renzik.

—Entonces, ¿por qué has dejado que escapen?

Renzik se quedó mirando a su prisionero unos instantes y luego se encogió de hombros.

—Las cicatrices son curiosas. Al principio... duelen, sobre todo las profundas. Pero, pasado un tiempo, pierden sensibilidad y ya no tienen tan mala pinta. Dejas de pensar en ellas como algo doloroso y las luces con orgullo. Le cuentas cómo te las hiciste a cualquiera que te pregunte por ellas porque demuestran lo fuerte que eres por haber sobrevivido a algo desagradable.

Suspiró profundamente.

—Pero eso... no significa que quieras que te hagan daño. He sobrevivido aquí abajo durante mucho tiempo. Como tú dijiste, mucho tiempo y de forma miserable... Y me va mejor que a la mayoría, pero solo porque hago mejor mi trabajo que casi todo el mundo. Tú eres el primero que cuestiona que las cosas deban ser así. Y que lo serán *siempre*.

Shaw se incorporó lentamente.

—¿Y?...

—No me gusta pensar sobre mi vida..., pero lo que has dicho es lo que soy. Lo único que he hecho ha sido sobrevivir o salir adelante y solo he trabajado para criminales cada vez más poderosos. Me gano la vida destruyendo cosas... o algo peor. Casi todas las personas con las que lidio no tienen ni donde echar una meada. Nunca me he parado a pensar que las cosas podrían ser distintas... Mejores. Que las cosas podrían ser *justas*.

Shaw asintió.

—Sé por experiencia... que cuando solo conoces una cosa, tiendes a pensar que así funciona el mundo. Y dudas que una sola persona pueda cambiar eso.

—Al menos aquí me respetan —protestó Renzik en voz baja.

—Hay diferencia entre el respeto y el miedo, amigo mío —repuso Shaw.

Renzik lo miró con el ceño fruncido, levantó la daga, caminó hacia él... y cortó la cuerda que lo maniataba.

—Una verdad como un templo. ¿Crees que hay otra forma de hacer las cosas? —dijo señalando a su alrededor con la hoja.

Shaw se frotó las muñecas y se puso en pie lentamente.

—Si te digo la verdad, no tengo respuesta a eso y tampoco puedo prometerte que llegue a tenerla. Pero veo algo en ti que me da... Bueno... Esperanza.

—Eres más idiota de lo que pareces.

Shaw se encogió de hombros.

—Puede que sea verdad.

Miró su daga.

—Imagino que no podrías...

Renzik resopló.

—Nanay. Me la quedo como recuerdo.

Shaw asintió.

—¿Por qué has decidido soltarme?

Renzik señaló con la cabeza.

—A kodo regalado no le mires el diente, tontito. Pero ya que andamos con

preguntas, ¿y tú por qué lo arriesgas todo por salvar a unos goblins cualesquiera que ya te han conseguido lo que querías?

Shaw suspiró.

—Porque se lo merecían. Porque les dije que lo haría. Y si mi palabra no vale nada, entonces quizá... yo valga incluso menos. La Luz sabe que mentiría si dijera que soy un buen hombre..., pero puedo servir a una buena causa.

Renzik lo miró.

Shaw esbozó una pequeña sonrisa y entonces se encaminó a la entrada trasera de la casa, pero se detuvo. Lanzó una moneda a la mesa.

Renzik la recogió. Tenía una insignia extraña.

—Si eres capaz de colarte en la Ciudad de Ventormenta, llévale esta moneda al maestro quesero —le dijo Shaw—. Quizá podamos ayudarte a encontrar lo que andas buscando. O al menos a encontrar algo... que merezca más la pena.

Renzik se guardó su nuevo cuchillo.

—Una cosa: con las cosas que he hecho, no sé si algún día podré ser un buen tipo, pero quizá... quizá yo también pueda ser un mal bicho al servicio de una buena causa.

Shaw asintió en señal de aprobación.

—Con tu permiso, te diré algo muy manido: tú y yo no somos tan distintos.

Y, con estas palabras, se perdió en la noche. Renzik se quedó allí sentado un largo rato antes de guardarse la moneda.

La casita ardió con rapidez. Tras asegurarse de que el incendio no se fuera a extinguir por accidente, Renzik se marchó. Había recorrido unas pocas manzanas cuando se dio cuenta de que Jinzi lo seguía.

Se detuvo y suspiró.

—Imaginé que ya habrías encontrado un lugar donde dormir esta noche, Jinzi.

La pequeña no dijo nada.

—Bueno... ¿Qué pasa? —preguntó él.

Ella lo miró de reojo y con suspicacia. —¿Quién era ese humano? ¿Era el tipo que dejó sin sentido a los vigilantes del príncipe mercante Gloxscorn?

Renzik entornó ligeramente los ojos. —No le des importancia. Y tampoco se lo cuentes a nadie.

Metió la mano en un bolsillo y le entregó varias monedas más.

Ella las contó en un abrir y cerrar de ojos, pero luego se lo quedó mirando con la cabeza levantada, desafiante. —Va a hacer falta *mucho* más que eso para comprarme.

Renzik ladeó la cabeza.

—¿Quieres más dinero?

Ella negó con la cabeza.

—Quiero un ascenso.

Renzik sonrió de oreja a oreja.

—Hablemos. Te invito a cenar.



—¿Y bien? —inquirió Mozzy a Renzik al día siguiente.

—He encontrado a los culpables, príncipe mercante Gloxscorn. Era una pareja sin apenas dinero. Un chófer y una de las secretarías de Specs.

—¡Specs! ¿Crees que estaba metido en el ajo?

Renzik lo pensó un momento. El viejo idiota no le caía bien, pero tampoco merecía la pena.

—No, señor.

—Entiendo que te has encargado de ellos, ¿no? —preguntó Mozzy—. Hay que enviar un mensaje a cualquiera que piense en desafiarme.

—Deja que te lo diga de esta forma —lo tranquilizó Renzik—. No volverán a causarte problemas nunca más.

Mozzy sonrió y asintió.

—Sabía que podía contar contigo. Ahora, largo y a repartir cera.

Tras abandonar el cuartel general de Mozzy y salir a la calle, Renzik se apretó el abrigo para protegerse de la humedad mientras reflexionaba sobre los sucesos de la semana pasada. Puede que hubiera cometido una estupidez al mentirle a Mozzy. Si era inteligente, tendría que pensar cómo escapar de la inevitable ira del príncipe mercante. Notó el peso de la moneda del espía en su bolsillo.

Quizá estuvieran por llegar días más cálidos.



SOBRE EL AUTOR

Andrew Robinson es un prolífico creador y escritor de animación que ha trabajado para compañías como Marvel, Warner Bros., Hasbro, Cartoon Network y Sony en franquicias como Transformers, Spider-Man, Los Vengadores, La Joven Liga de la Justicia, G. I. Joe y otras. Desde que se unió a Blizzard Entertainment en 2014, ha escrito cortos animados, canciones, historias del mundo, cómics e historias cortas para todos sus juegos, y está deseando aportar todo lo posible a los fans de Blizzard.